



**Antonio Bellido Almeida, Se llamaba María,  
Parroquia de Santa Eulalia de Mérida,  
colección Eulaliense, número 17, Mérida,  
2021, págs. 168. Autoedición**

Antonio Astorgano Abajo  
*Astorgano1950@gmail.com*  
ORCID: 0000-0001-5585-7499

Todo escritor, sea creador o no, siente necesidad de ser leído y cuando su edad se acerca a los 80 años hace un balance de su trayectoria. Antonio Bellido Almeida, sacerdote ejemplar (y canónigo de Mérida, si su modestia me lo permite) y párroco de Santa Eulalia durante cerca de 30 años, nacido a principios de la década de 1940, en el 2016 publicó una antología de sus poesías, y posteriormente con motivo de cierta enfermedad grave y de la posterior pandemia del cóvid 19, se dio cuenta de que en sus numerosas publicaciones poético-moralistas-catequísticas, faltaban por tratar específicamente algunas “deidades”, como el Espíritu Santo y la Virgen María, razón por la cual ha autoeditado en 2021 dos libritos: La riqueza del espíritu. Letanías, oraciones y poemas (Mérida, colección Eulaliense, 53 págs.) y Se llamaba María (misma colección y año).

Antonio Bellido nos presenta el libro La riqueza del espíritu, como “reflexiones, oraciones, poemas al Espíritu Santo”. Temáticamente gira en torno a la tercera y más enigmática persona de la Santísima Trinidad, una “deidad” interpuesta entre las otras dos, sin funciones específicas, que ha suscitado numerosas dudas a lo largo de la Historia eclesiástica, pero no en Bellido.

No es un tratado. Son “papeles”, apuntes para charlas, vigiliyas y Viacrucis (conjunto indeterminado de estaciones que glosan la resurrección y glorificación de Jesús) celebrados con gozo y fruto a lo largo de los años en la parroquia-basílica de Santa Eulalia. El espíritu Santo, el “gran olvidado” por tantos, es “nuestro huésped”, acompañante, luz y fuego, viento y aliento, “amor derramado en nuestros corazones”.

Poesías propiamente dichas solo son dos. Abre el librito un poema acróstico, “En el nombre del Espíritu” (27 octosílabos, en versos blancos, correspondientes a las letras de la frase “Espíritu Santo, ven. Aleluya, amén”):

Fecha de recepción: Abril 16/2023  
Fecha de aceptación: Abril 25/2023

Montalbán N.º 61

Antonio Astorgano Abajo

“El espíritu Santo, ven.

Sáname esta carne enferma.

Purifica los deseos.

Ilumina mi ceguera.

Rectifica mis desvíos.

Infunde amor en mis versos.

Toma mi vida cansada.

Úneme a tu santa Iglesia.

Se cierra con otro poema, “Oración final. A la sombra de sus alas”, de 32 versos octosílabos blancos, estructurados en cuartetos sin rima:

No te digo: ven, si no: voy,

Espíritu, a tu presencia;

“Ruaj” del Padre y del Hijo,

Eterno amor que nos pueblas.

En el intermedio el autor define y caracteriza los atributos del Espíritu Santo en ocho cortos capítulos de teología dogmática, fundamentados en abundantes citas y envueltos en un halo poético, habitual en Bellido: “¿Quién es el Espíritu?; El Espíritu Santo, manantial de vida; símbolos del Espíritu; Nombres del Espíritu; Dones del Espíritu; Frutos del Espíritu; Misiones del Espíritu; El Espíritu y la oración”. Como siempre Bellido contempla la posibilidad de aplicar sus reflexiones a fines litúrgicos, aprovechables por otros oradores sagrados. Así el capítulo “El espíritu y la oración” incluye una “oración litánica al Espíritu Santo”, que termina con la

Antonio Astorgano Abajo

intervención de un celebrante: “Espíritu Santo, ven. Espíritu Santo desciende sobre esta comunidad cristiana como te cernías en los orígenes del Cosmos sobre el caos informe...”.

Pero nos interesa ahora centrarnos en el librito dedicado a la Virgen María, *Se llamaba María*.

Está estructurado en 19 capítulos, de los cuales los tres primeros son la Ofrenda (dedicatoria), Proemio y Salutación, y el último es la reproducción del poema del “llorado” y muy admirado por Bellido Almeida, Jesús Delgado Valhondo (Mérida, 1909-1993), “Canto a Santa María de Guadalupe como Reina y Madre de la Hispanidad”.

En medio encontramos los siguientes títulos: “María, Madre; Madre de Misericordia; Virgen de la Misericordia; La Virgen nueva; ¿Quién es María de Nazaret?; El Magnificat; Letanías bíblicas; El Rosario, oración del pueblo; Letanías a la Virgen María; Oraciones a María: El Ave María, Rezo de las tres Avemarías, El Ángelus, La Salve; Despedida: Jaire, María”.

Tiene la misma estructura y fines morales, que *La riqueza del espíritu*, pero suena a despedida, de un Bellido Almeida de casi 80 años, que me hubiera dejado preocupado si no lo hubiese encontrado bastante animado en la larga conversación que tuve con él en la residencia de ancianos de Calamonte el 29 de abril de 2022.

La “ofrenda” es una dedicatoria a todas las personas, vivas o ya fallecidas, que tuvieron una relación importante con Bellido. Enumera a su madre Pilar, que lo inició en la devoción a la Virgen; a las Hermanas de la Cruz, en cuya casa surgió la vocación sacerdotal y el amor a la Pobreza; al padre Leocadio Galán Barrera (1910-1990), fundador de los Esclavos de María y de los Pobres; a los militantes de cursillos de la cristiandad y otras asociaciones “que han compartido conmigo penas y alegrías y vida apostólica”; a las personas que han sido feligresas suyas en Aldea del Cano, Calamonte, Almendralejo y Mérida; y “especialmente a dos como hermanas y más que hermanas que a lo largo del tiempo han sido mi sombra amparadora, mi apoyo y servicio, gratis et amore”.

El proemio del libro es una paráfrasis de las memorias del chileno Pablo Neruda, *Confieso que he vivido* (Seix Barral, 1974). Después de confesar que había vivido “poco”, suponemos que

Antonio Astorgano Abajo

en relación con el poeta chileno, pues sus amigos conocemos la vida intensa que ha tenido al servicio de su vocación pastoral, en poco más de una página resume y valora su experiencia vital:

“Confieso que he peregrinado por centros y periferias oliendo a oveja. Confieso que he vivido amado, recompensado y también con heridas en el camino. Confieso que he compartido lágrimas y sonrisas, zozobras y esperanzas. Confieso que no soy santo, y ese es mi mayor error. Confieso que he sido un cura con suerte, como dice una buena amiga. Confieso que he trabajado por el Reino nunca en solitario. En sinodalidad y delegando. Siempre sirviendo. Con las marcas del Concilio Vaticano II. Confieso que he vivido y convivido” (p. 11).

Bellido tiene un especial recuerdo para su actividad literaria (26 libros y millares de artículos), cuyas características nos define mejor que nadie: “Confieso que me he quedado en la memoria de los que confían. Y en los libros que he escrito. En ellos he sembrado mi palabra sacerdotal, su Palabra [la de Dios] “con temor y temblor. No han sido tratados teológicos. Son apuntes, latidos del corazón, a veces lacerado, reflexiones, vivencias, experiencias. Poemas al alcance de los sencillos, oraciones compartidas, como salmos, como cánticos, como avisos, llamadas, denuncias, mensajes. Son palabra, semilla, borbotones, Evangelio, lluvia mansa. Escritos en duermevela, a ratos. Mis libros los he considerado como pastoral. Pero nunca quitando tiempo al ministerio. He escrito 26 libros, millares de artículos en periódicos, revistas, boletines. Fue dejando pregones en Aldea del Cano, Segura de León, Almendralejo, Guadalupe, Zafra, Mérida, Calamonte...”.

Especial remembranza tiene Bellido para 1975, año en el que tuve la fortuna de iniciar mi amistad con él: “Hicimos correrías poéticas en la llamada generación del 75, por las plazas de Extremadura en compañía de Delgado Valhondo, Manuel Pacheco, Moisés Cayetano, Martín Tamayo, Manuel Domínguez y muchos otros en los albores de la democracia” (p. 12).

Hemos afirmado que *Se llamaba María*, nos parece un libro de despedida. El mismo Bellido lo califica de “ofrenda a la tarde” y muestra su satisfacción por tratar el tema mariano al final de su trayectoria vital: “Y ahora, como ofrenda a la tarde os dejo mi libro sobre la Virgen. No había escrito un libro mariano, solamente diversos poemas y salmos y un viacrucis titulado: “Pasión

Antonio Astorgano Abajo

según Santa María. Viacrucis desde Santa María”. En él Ella [La Virgen] nos relata la pasión. Me alegra que todavía cada Viernes de Dolores se realice este denso y extenso viacrucis en mi antigua parroquia de Santa Eulalia. Éste es un libro sobre la Virgen. [...] Es como una deuda que tenía contraída” (p. 13).

Después de resumir brevemente todos los capítulos del libro, Bellido concluye: “Así, lectores, os dejo el primer libro sobre la “Virgen”. Tenía deseos de presentarlo, “como ofrenda de la tarde”, como humilde ramo de flores a las plantas de Nuestra Señora. Mi devoción a María y a sus raíces evangélicas y sociales se lo debo a mi madre Pilar, mujer de fe recia, catequista de joven y campesina hasta el final”.

El poema “Jaire, María” es un acróstico que cierra el libro, compuesto por 34 versos octosílabos, rimando en asonante los pares, tantos como las letras de la frase: “Ave María Purísima sin pecado concebida”:

A ti levanto mi canto,  
  
Virgen de vírgenes bella,  
  
en estas ondas saudades.  
  
María de gracia plena,  
  
alienta mi fe desnuda,  
  
rompe el alba en mis tinieblas,  
  
indícanos el camino  
  
a la verdad que lidera (pp. 163-164).

Antonio Astorgano Abajo

Toda la literatura de Bellido, en especial la poética, es algo vivido y referido a experiencias personales. Predomina la poesía religiosa y social, fruto de su profunda vocación sacerdotal e intensa actividad pastoral.

En diciembre de 2016 invité a Bellido a participar con un poema en el homenaje a Juan Meléndez Valdés, que, con motivo del bicentenario de su muerte en el exilio (1817), me había encargado la Diputación Provincial de Badajoz, que se publicó en un número extraordinario de la Revista de Estudios Extremeños (Vol. 73, N° Extra, 2017, 2 vols.), donde recogí medio centenar de opiniones de poetas y críticos sobre Meléndez y su poesía. Pero Bellido rechazó mi oferta, aduciendo que no conocía en profundidad su poesía y que no podía impostar algo que no sentía. En vano le argumenté que encontraba no pocos puntos en común entre la prosa poético-moral y los poemas de Bellido y la poesía ilustrada de Meléndez, que él llamaba “poesías filosóficas y morales”, que son reflexiones sobre la virtud, sobre la existencia humana o sobre la injusticia que, con mucha frecuencia, terminan en desahogos emocionales. Son composiciones de Batilo, cuyo tema es la preocupación social, filosófica, moral o religiosa. Por ejemplo, acompañando en su dolor a los seres desgraciados es como cree Meléndez que se manifiesta la fraternidad universal. Tienen como fin último condenar el vicio y la arrogancia, conseguir la virtud del hombre y elevar su perfeccionamiento intelectual y moral. La poesía deja de ser un entretenimiento de salón para convertirse en un arma de denuncia y reforma social, en un instrumento al servicio de la verdad y del progreso. En muchas poesías de Meléndez aparecen el tema religioso y otros aledaños como el fanatismo, la verdad, la virtud etcétera. Basta recordar títulos como las odas filosóficas y sagradas “Al ser incompreensible de Dios”, “La presencia de Dios”, “Prosperidad aparente de los malos”, “Inmensidad de la naturaleza y bondad inefable de su Autor”, “El hombre imperfecto a su perfectísimo Autor”; o en discursos, como el discurso II “El hombre fue criado para la virtud, y sólo halla su felicidad en practicarla”.

Meléndez y Bellido encuentran a Dios a través de la belleza, de la observación de la naturaleza y de la introspección en la noche y la soledad. Es el Dios que se manifiesta en la libertad, en la bondad, en la fraternidad y, sobre todo, en la virtud del hombre. Lo más parecido a Dios es el hombre virtuoso. La virtud aparece ligada, entre otras ideas, al bien, a la perfección humana, a la verdad, a la amistad, a la paz, a la soledad, a la inocencia y a la fraternidad universal.

Antonio Astorgano Abajo

La virtud es la norma, el fin y la guía del hombre en su lucha existencial, tanto en el moralista Bellido, como en el poeta-magistrado Meléndez. Su catolicismo es interior, abierto, tolerante, austero y sencillo.

Algunos poemas de Meléndez y de Bellido coinciden en que son auténticas oraciones; así en la deliciosamente mística oda XII, “La tribulación”, Meléndez parafrasea el salmo 22, “¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?”. La profundización en el corazón, la meditación sobre la virtud y la fraternidad humana y la contemplación de la naturaleza, terminan mostrándonos a un Meléndez orante con la misma sinceridad que encontramos en Bellido, en multitud de páginas, parafraseando el Salterio. En su reseña de la antología, Huellas del camino, Moisés Cayetano Rosado acertadamente resume que, en su grito de protesta, Bellido nunca pierde esa referencia trascendental, religiosa, “que en todo el libro es presencia permanente, y que estremece por la belleza de la expresión poética, la firmeza de su fe y su conjugación continua de lo divino con lo humano”.

Ambos, Meléndez y Bellido, dan cabida dentro de su poesía a las más variadas circunstancias político-sociales y a problemas concretos de la sociedad de su tiempo. Es la poesía “útil” empleada para expresar inquietudes sociales que Meléndez expresa de manera clara en el discurso I, “la despedida del anciano” en el que el poeta magistrado solicita reformas, basadas en el reconocimiento de la igualdad de todos los hombres. Es una vigorosa protesta inspirada por la fuerza de una conciencia moral que se rebela.

A pesar de mi insistencia, me quedé sin la colaboración de mi amigo Bellido Almeida. Por eso, me atrevo a sugerir, ahora que todavía estamos a tiempo, que el jurado del prestigioso premio de poesía “Juan Meléndez Valdés” se acuerde de la relevante y extensa obra literaria de Antonio Bellido Almeida, tan ligado a Tierra de Barros y a Mérida, patria de la madre de Meléndez. Por otro lado, tampoco es una poesía tan alejada del extremeñismo políticamente correcto, sostenido, según parece, en la concesión de dicho premio.

No seré yo postulador de quien tiene sobrados méritos literarios. Como buen escritor y excelente poeta ha compuesto la letra de múltiples cantos de diversa temática, como la letra del



Antonio Astorgano Abajo

“Himno de la Archidiócesis de Mérida-Badajoz”, varios poemas musicados a Santa Eulalia y algún villancico de los múltiples que ha compuesto. A sus casi ochenta años, sigue asombrándonos en su faceta de comunicador, y su afición a imprimir sus reflexiones más íntimas, auténticas obras de evangelización, y de honda meditación personal.

Sin duda, Bellido es uno de los mejores poetas-sacerdotes, tanto en prosa (son recordados sus magníficos artículos publicados en el periódico extremeño Hoy) como en verso, que han florecido en España desde el último cuarto del siglo XX a nuestros días.